



ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 23 DE ABRIL DE 1888→

NÚM. 330

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *El hombre de Estado* (conclusión), por don Emilio Castelar. — *Preocupaciones generalizadas*, por don T. P. A. — *Londres*, (tomado del *Universum*). — *El desquite*, por don A. Sánchez Pérez. — *Noticias varias.*

GRABADOS. — *Gran café-restaurant en el Parque*, proyectado por el arquitecto D. Luis Domenech y Montaner. — *Cabeza de estudio*, de Carlos Banzers. — *Vanidad y pobreza*, cuadro de M. Spitzer. — *Margarita*, dibujo de J. M. Marqués. — *La reina Victoria*. — *Via-ducto Holborn y Farringdon-Street*. — *Estación de omnibus*. — *Ciego*. — *Blackfriars Bridge*. — *Amolador*. — *Parte oriental de Londres* (*Steyney Salmon lane*). — *Aguja de Cleopatra*. — *Embarcadero Victoria*. — *Whitehall*. — *Museo Británico*, (tomados del *Universum*).

GRAN CAFÉ RESTAURANT EN EL PARQUE

PROYECTADO POR DON LUIS DOMENECH Y MONTANER

De cuantos edificios se han construido con motivo del gran certamen internacional, ninguno ha sido tan discutido como el destinado á café-restaurant, sito junto á la entrada norte de los jardines del Parque; proyectado y dirigido por el arquitecto D. Luis Domenech y Montaner. En nuestra opinión, para juzgar sinceramente y con entera imparcialidad esa obra, hay que considerarla en doble concepto, ó sea, tal como la obra es en sí y tal como se la concibe según el objeto á que está destinada.

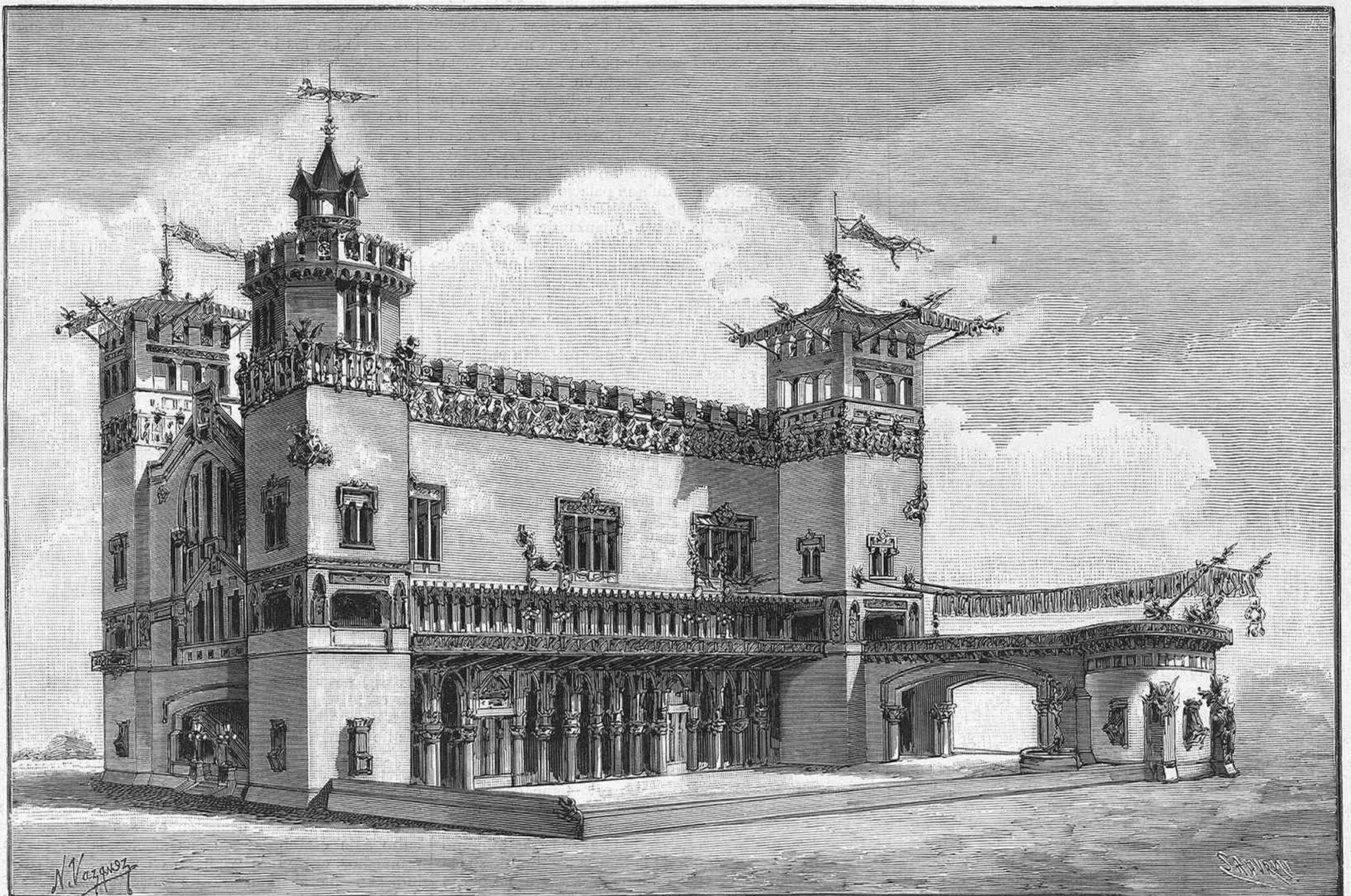
Bajo el primero de estos puntos de vista no puede negarse que esta construcción tiene carácter propio y bellezas de conjunto y de detalle dignas del mayor encomio. Su ilustrado autor, empapado de ese orden arquitectónico que caracteriza las construcciones de la plena Edad media, ha dado una muestra de sus conocimientos nada comunes, merced á los cuales poseeremos un bello ejemplar de un género que tiene hermosas condiciones de arte. Todo en él es correcto, todo armónico; vanamente se buscaría una discrepancia que acuse el más pequeño anacronismo. Su interior corresponde perfectamente al objeto á que se le destina, por la acertada distribución de sus departamentos, cuya capacidad, luz, ventilación y hasta, digá-

moslo así, alegría, son las indispensables en un lugar de solaz para el cuerpo y esparcimiento del ánimo.

Pero, seamos francos, estas condiciones propias de tal sitio, no las revela el exterior de esa construcción: no puede reprochársela falta de carácter, ni de armonía, ni tampoco de austera belleza; pero á nuestro ver el ilustrado autor se ha preocupado más del edificio en absoluto que de su destino y de la idea que un público, menos artista sin duda, tiene formada de un sitio esencialmente de recreo. Del todo resulta cierto antagonismo entre la forma y el objeto, entre el continente y el contenido; á menos que el autor no haya querido dar una intencionada sorpresa á los que se aventuren á traspasar el umbral de su castillo.

De todos modos, la obra del Sr. Domenech es un timbre para este artista. Tal vez, andando el tiempo, se la dé un destino muy distinto de aquel para el cual ha sido proyectada. Hay quien dice á la vista de tan característica fábrica: — ¡Qué hermoso edificio para un Museo Arqueológico!... — Y bien, supongamos que algún día se destine á este objeto lo que se proyectó café-restaurant. ¿No será uno mismo el edificio?... Juzguémosle, pues, tal como es en sí y convengamos en que, gracias al proyecto del Sr. Domenech y Montaner, cuenta Barcelona con un nuevo monumento que honra al arte y que excitará poderosamente la atención de nuestros visitantes.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



GRAN CAFÉ RESTAURANT EN EL PARQUE, proyectado por el arquitecto D. Luis Domenech y Montaner

VANIDAD Y POBREZA, cuadro de M. Spitzer

La pintura no es un arte esencialmente moralista; pero esto no impide que el pintor se permita dar lecciones de moral en muchas y oportunas ocasiones. Aun prescindiendo de la caricatura, cuya influencia es poderosa en determinadas circunstancias, y circunscriptiéndonos a la pintura seria, no faltan artistas que, como Spitzer, se propongan corregir un defecto por medio de un cuadro.

En el que hoy reproducimos se pone en evidencia una de las debilidades más comunes en nuestros días, la debilidad de aparentar una posición muy distante de la realmente gozada. Para ello ha pintado con singular talento a los individuos de una familia que habitan una confortable casa, que visten con elegancia y lujo, que se dan apariencias de grandes señores y que no obstante, a punto de dirigirse a un baile, cenar más que frugalmente unas pocas patatas sin aliño ni acompañamiento de ningún género. ¡Pobre ambigü cuando se abren para esa familia las puertas del comedor de la casa ajena!...

Spitzer está en lo cierto: la vanidad es uno de los virus del cuerpo social. Atacándola, poniéndola en ridículo de manera delicada, se pueden combinar un excelente cuadro y una más excelente lección moral.

MARGARITA, dibujo de J. M. Marqués

Cuando un escritor dotado de verdadero genio crea uno de esos tipos que pasan a la posteridad como si hubieran existido realmente, ocurre casi siempre que el arte se apodera de esa creación para darle forma plástica. Esto que ha ocurrido con Julieta y con Desdémona y con Ofelia, no podía dejar de ocurrir con Margarita; y el resultado consiguiente es que, cuando un artista coincide con el concepto general que se ha formado del personaje, se establece cierto convencionalismo que acaba por el retrato obligado de un ser que nunca ha existido, pero al cual se reviste de forma unánimemente consentida.

Margarita, la amante de Fausto, no podía escapar a la ley general: siempre que de ella se trata resulta ser una joven de formas delicadas, tez blanca, ojos azules, cabello rubio y trenzado, aspecto melancólico, con vestidura del color de la inocencia y por todo adorno un limosnero de piel, colgado de una correa con hebillas de acero. Es de suponer que de tal suerte la comprendió Goethe; pero cuando así no fuera, así la ha representado la tradición y así ha figurado en el teatro millares de veces, gracias a la deliciosa partitura de Carlos Gounod.

Resulta, por lo tanto, que la Margarita de Marqués es el tipo de siempre, sin que esto diga ni en pro ni en contra de su autor. No creemos que artista alguno pueda aspirar a una reputación dedicándose a esta clase de obras. Harto consigne si cuando se le encarga una Margarita, como le ha sucedido a Marqués, se sale del paso sin detrimento del ideal.



CABEZA DE ESTUDIO, de Carlos Banzers

EL HOMBRE DE ESTADO

POR DON EMILIO CASTELAR

(Conclusión)

Y luego, cuando las monarquías absolutas se han fundado, aseméjense todos los reyes, que llevan el poder supremo a su expresión última, Felipe II de España, Isabel I de Inglaterra, Luis XIV de Francia, Sixto V de Roma, como en demostración de que a la unidad del espíritu europeo ha de corresponder la unidad también de la política europea. Las ideas de su tiempo dominan aun a los hombres que se creen más dominadores. Todo estadista, que coopera con su genio a una obra natural de la sociedad, prevalece; y todo estadista que contraría ó contrasta la corriente social, se frustra y se malogra.

Para testimoniar esta verdad, poned los ojos en dos hombres de Estado, pertenecientes a los siglos últimos; y

en dos hombres de Estado, pertenecientes a nuestro mismo siglo: en Mazarino y Alberoni, en Meternich y Cavour. Italiano Mazarino é italiano Alberoni; favorito el uno de Mariana de Austria, que reinaba sobre la niñez de Luis XIV y favorito el otro de Isabel de Farnesio, que reinaba sobre la decrepitud de Felipe V; ambos á dos astutos, ambos á dos sapientísimos en política y en diplomacia, sólo en fortuna se diferencian, favorable la del ministro francés y adversa la del ministro español, á pesar de alzarse contra el uno todas las pasiones de la Fronza y de someterse al otro la ciega obediencia granjeada para el poder supremo por nuestro letal absolutismo. Mazarino, con el parlamento por juez, los municipios en la rebelde Fronza, las provincias y estados en guerra, París sobre barricadas y en armas, los Condés en enemistad, el heredero de la corona en conjuraciones, los grandes en desasosiego irreconciliable, los pequeños en revolución permanente; bajo un cielo lleno de sombras, sobre una tierra estremecida de sacudimientos, entre los fragmentos del trono destruido por la discordia y las guerras de clase atizadas por los últimos espectros del soterrado feudalismo, somete lo mismo á París que á Burdeos insurrectas, debela en rápidas victorias la Borgoña y la Turena, el Languedoc y la Normandía, dejando fundada la unidad de Francia, y muriendo, á pesar de las cóleras suscitadas por su vida, en serena y honradísima muerte. Alberoni concibe los proyectos más vastos y siente las ambiciones más desapoderadas; el demonio de la reacción europea, que dormía con Felipe II en la granítica tumba del Escorial, se apodera del corazón y del ánimo de este primer ministro, que arrebató Sicilia á los reyes de Saboya, Cerdeña á los emperadores de Austria; que extiende la espada del emperador Carlos V á un mismo tiempo sobre Italia y sobre Alemania; que conspira, como si las olas no hubieran deshecho la armada invencible, contra las libertades y la prepotencia de Inglaterra; que pacta con el Gran Turco, importándole poco, si llega hasta las puertas de Viena y deshace la obra de nuestro infante don Fernando; que suscita contra la casa de Orange, reinante por virtud del protestantismo, la sombra teocrática de los ultramontanos Estuardos; que arroja el chacal coronado del norte, Carlos XII de Suecia, sobre una parte de los enemigos de sus planes; que paraliza la energía y acción de los autócratas de Rusia por temor á sus veleidades históricas; que busca en los recónditos senos de París, por la increíble conjuración de Cellamare, las pavesas de las ligas y las Fronzas á ver si abrazan la regencia de los Orleans; y con todos estos grandes proyectos y todos estos innumerables recursos, concluye, al fin y al cabo, en una desgracia y en una vergüenza irreparables, por haber suscitado la reacción universal y opuéstose al curso progresivo de los tiempos.

É igual enseñanza encierra el ejemplo de Meternich y de Cavour. Hace treinta años el uno estaba en el cenit de la fortuna y el otro en los ocasos de la más triste adversidad. Restaurado el sacro imperio romano en Alemania, triunfante la reacción cesarista en París, devuelto al papa su feudo secular, sometida la rebelde Hungría por los odios implacables de los croatas y de los rusos, vencido Carlos Alberto en aquella Novara tan triste como Queronea ó Villalar, fusilada Milán, sumergido el cadáver de Venecia en sus lagunas, montando el feroz Nicolás la guardia en las puertas del infame palacio de los Austrias, parecía que la política de Meternich se apoderaba del mundo y restablecía la Santa Alianza de los déspotas contra los pueblos, con tanta más fortuna cuanto que tenía por único enemigo aquellos diputados del parlamento de Saboya, reunidos, como una bandada de águilas heridas, en las cimas de los Alpes, á las cuales no había llegado, como iluminadas por un eterno día, el diluvio de sombras llovido sobre todos los progresos y todas las libertades por el nefasto espectro de la reacción universal. Y sin embargo, el año cincuenta y nueve sobreviene; y la obra de Meternich se hunde, á pesar de su soberbia; y la obra de Cavour se corona con la diadema de la unidad de Italia y con el advenimiento de una revolución progresiva en toda Europa.

El verdadero estadista debe servir al espíritu de su tiempo y servirlo por buenos medios. Una tradición nefasta, conocida con el siniestro nombre de maquiavelismo, ha infundido la engañosa idea, que atribuye á la política una irremediable inmoralidad, como si la razón y la justicia no fueran aquí, en el mundo social, fuerzas tan poderosas como los grandes agentes electro-químicos en el mundo material. El político de Florencia creyó la razón de estado una fatalidad tan grande como las fatalidades múltiples reinantes sobre la naturaleza; y así como á la religión y á la ciencia sustituyó una especie de astrología mágica y de quiromancia gigantesca, sustituyó al derecho la implacable divinidad de un estado, que sólo se curaba de la victoria y no de la razón y de la justicia. Él quiso enseñar á los grandes á ser tiranos, á los pequeños á ser rebeldes, á los conspiradores á ser taimados, á los cortesanos á ser falsos, á los estadistas á ser violentos, y les dijo que no se curasen de ningún derecho con tal que consiguiesen fausto éxito, porque sólo tiene coronas la fama y aplausos la humanidad para los triunfos de la fuerza. Este hombre no se desengañó, ni al ver como el tipo de todas las ambiciones, César Borgia, se había hundido en oscuro calabozo, así que le faltara la sombra de su padre, Alejandro VI, el cual dominaba la tierra, no por el número de sus ejércitos ni por la extensión de sus estados, sino por la entrega de las conciencias á la virtud sobrenatural de una idea. Y él mismo que renegó de todos los vencidos, y volvió las espaldas á todas las derrotas, y lisonjeó todas las fortunas, y redujo la sociedad á

una inmensa batalla donde los partidos se devoran unos á otros en carnicería sin término y sin fin, como la lucha de las especies; después de haber enseñado á todo el mundo á vencer y á dominar, sólo sabe servir y ser criado sumiso de los últimos tiranos de su patria.

No, la razón de estado no puede ser como una de las fuerzas ciegas del universo, las cuales no se curan de los seres, á quienes destruyen y devoran. No, el estadista no puede asemejarse á esos animales feroces, sin más fin que conservar su ser á costa de los seres ajenos, dispuestos sólo al ataque y á la defensa; frente á los débiles audaz, y medroso frente á los fuertes; sin más necesidades que la satisfacción del hambre voraz por la cual conserva su individuo y del amor físico por el cual conserva su especie; siervo del instinto; entregado, bajo la fatalidad general del universo, á la fatalidad particular de su propia organización. Ese concepto del estadista pudo encarnarse allá, en las monarquías débiles, al punto y hora de vencer en abierta guerra material á los señores feudales, y en abierta guerra moral á los pontífices romanos. Los cánones del dolo, del perjurio, del asesinato, aplicados á una sociedad fundada en la servidumbre de los más y concluida y rematada por el derecho de uno solo, en verdad, no puede aplicarse á sociedades libres, donde prevalece por completo, sobre todas las otras categorías, la categoría del bien y de la justicia. Así como no tiene hoy aplicación aquel antiguo manual del cortesano, que prolijamente adiestraba en el arte de doblar la rodilla y el espinazo á los poderosos, no tiene razón de ser, á su vez, el bárbaro catecismo de la crueldad y de la mentira. Aun las pasiones denominadas políticas, aquellas en las cuales entran como factores la emulación personal y la envidia traidora, tienen que purificarse y engrandecerse mucho, si han de servir al impulso y al progreso de las sociedades modernas. A la competencia egoísta entre los individuos, al amor desordenado de sí mismo, á la demente ambición hay que sustituir, en siglo tan calumniado como el nuestro, pasiones más nobles, la pasión por el bien de todos, para que resulte así el engrandecimiento primero de la patria y la mejora y perfección después de la humanidad. Los antiguos mismos, en cuanto veían cualquier desgraciado, víctima de las mundanas ambiciones, confiábanlo á los sacerdotes de Esculapio, los cuales cogíanlo por su cuenta y lo trasladaban presurosos á las ruinas de las montañas por los titanes sobrepuestas en su afán de tocar al cielo, á fin de que los desvariados aprendiesen por aquellas grietas oscuras y por aquellas rocas destruidas, en cuántos abismos se precipitan y cuántas catástrofes traen los cegados por la pasión egoísta de su propio engrandecimiento.

Ya sabemos que la voluntad se mueve por el cerebro y se agranda por la pasión; ya sabemos que las pasiones humanas representan en nuestra especie lo mismo que representan los instintos animales en especies inferiores; ya sabemos que mientras un bruto cualquiera se apropia solamente las materias indispensables á su habitación y las sustancias indispensables á su alimento, el hombre siente no sólo inclinaciones incontrastables á la propiedad, sino también á que la propiedad se trasmita y eternice como su espíritu y su nombre, allá en sus remotos descendientes; y por lo mismo que sabemos todo esto, sabemos también cómo las ambiciones humanas tienen muchos y muy varios factores; no sólo aquel, tan sustancial, del deseo de dominio y superioridad sobre los demás hombres, sino también aquel que consiste, á su vez, en tendencias irremediables á granjearse la estimación general de sus contemporáneos y á conseguir un renombre imperecedero en la posteridad. Pero ningún estadista de altura podrá desconocer que, si la ambición hace circular en sus venas con más fuerza la sangre y circular en su cerebro con más celeridad las ideas, debe usar esta fuerza superior á la fuerza del resto de los mortales, no en el recreo de un pasajero goce, sino en la consecución de grandes bienes para sus semejantes y en el cumplimiento de luminosas ideas para su sociedad y para su tiempo: que si las conquistas de uno solo asombran, solamente los progresos morales que á todos importan, que á todos aprovechan, que á todos educan, mejorando la especie humana en su desarrollo y poniendo la divina justicia en las instituciones, encuentran ecos ó más ecos de resonante gloria, que se perpetúa en todos los anales y se trasmite á todas las generaciones.

El estadista siente su vocación y revela sus aptitudes, como todos los llamados á grandes obras humanas, desde los albores primeros de su inteligencia y desde los impulsos primeros de su voluntad. El gran conflicto entre las ideas retrógradas y las ideas progresivas, propio de nuestro siglo de transición, ha engendrado en verdad, dos clases de estadistas, bien diversas y contrarias; la clase de los estadistas conservadores y la clase de los estadistas revolucionarios. La primera, encargada por la Providencia de guardar la sociedad, tal como se la encuentra, mejorándola, si acaso muy paulatinamente, posee las facultades necesarias al fin para que ha sido creada: la mesura en su temperamento, la prudencia en su proceder, la parquedad en sus ideas, la experiencia de lo real en su sentido, el respeto á la tradición en sus supersticiones, el culto á la estabilidad en sus afectos, la inercia en sus propósitos, el don de gobierno en su voluntad, todo lo indispensable al ministerio de conservación en las sociedades humanas, inclinadas de suyo, por causa de su complicadísima complejidad y del imperio de las costumbres, á la inmovilidad y al reposo. La otra clase de estadistas, los estadistas revolucionarios, necesitan algo del filósofo en sus ideales, del profeta en sus presentimientos, del héroe

en su audacia, del legislador en sus programas, del tribuno en su palabra, del sacerdote en su fe, del mártir en su abnegación, del poeta en sus inspiraciones, del redentor en sus combates, para corresponder al ministerio, que le ha confiado la Providencia, de impulsar hacia adelante la inerte sociedad.

Con frecuencia sucede que los encargados, por ministerio providencial, de reformar las sociedades humanas, resultan luego encargados, á su vez, de conservar, en virtud de las reformas cumplidas, los nuevos organismos necesarios al suelo recién formado por las erupciones de la revolución. Y en verdad, no conozco facultades más contradictorias y opuestas que las pedidas por el doble ministerio de conservación y de reforma en las sociedades humanas. El profeta, que ha previsto con su mirada telescópica los sucesos recién dibujados en las lejanas perspectivas de un apartado porvenir, tiene por necesidad que bajar de las cimas vertiginosas donde agitaba sus alas; que divertir la constante atención de los cielos etéreos y luminosos donde resplandecían sus ideales; que acallar la elocuencia magnífica, brotada de sus labios, á cuyas inflexiones caía sobre las conciencias fecunda lluvia de ideas; que reducir las teorías escritas en los infinitos espacios de su mente á los moldes angostos de una realidad tan triste y tan oscura como todas las realidades sociales, cuando se las compara con los abstractos arquetipos de la ciencia; y en esta increíble transformación, pedida por la naturaleza misma de las cosas é irremediable, cualesquiera que sean el estado social histórico y los progresos traídos por el innovador y por el apóstol, resulta éste sin remedio, en una contradicción aparente, que le pierde á los ojos vulgares de una generación cegada por las nubes del combate diario, pero que le salva y le inmortaliza en el sereno juicio de la posteridad.

EMILIO CASTELAR

PREOCUPACIONES GENERALIZADAS

¿HA EXISTIDO ALGUNA VEZ SOBRE LA TIERRA

LA RAZA DE LOS GIGANTES?

Si la antigüedad de las opiniones fuese sólida garantía de su veracidad; si los hechos que nos refiere la historia no estuvieran sujetos á ciertas restricciones que sirven para depurarlos, es indudable que una de las verdades que podrían ser consideradas como inconcusas sería la de que la raza de los gigantes ha existido realmente sobre la tierra. ¿Cuándo nació esta creencia? Imposible es decirlo, pero atendida su antigüedad remota, bien puede afirmarse que surgió en la mente del hombre mucho antes de que éste pensara en transmitir á la posteridad por medio de anales regulares sus recuerdos de pasados tiempos. La tradición de todos los pueblos está llena de estas historias de gigantes, y apenas habrá quien no se haya dormido en la niñez con la imaginación excitada por estos cuentos en los que desempeñan el papel de protagonistas hombres de corpulencia gigantesca. Tan generalizada encontramos la tradición de los gigantes que no parece sino que toda la humanidad ha bebido en una fuente única y ha conservado el mismo fondo en las narraciones y consejos variando únicamente la forma según las condiciones de tiempo y de lugar.

¿Quién no recuerda el terror que en su infancia le produjeron las hazañas de los ogros que se comían vivos á los niños y pasaban de una sola zancada las más elevadas montañas y los más caudalosos ríos? Pero la tradición no se contenta con estas fábulas recreativas que ora presentan á Gargantúa colgando del cuello de su mula, cual si fueran dos campanillas, las campanas de su pueblo, ora describen á los gigantes de Gulliver teniendo que apelar al auxilio de sus lentes para distinguir á los hombres: la tradición traspasa estos límites y prospera en el terreno de la literatura seria y entonces nos describe la lucha de los Titanes, de estos seres que amontonaban montañas para escalar los cielos, contra los dioses, y atribuye á los movimientos y á los resoplidos de uno de ellos enterrado por Júpiter, los temblores de tierra y las erupciones de los volcanes. Avanzan los tiempos y á los Titanes suceden los Cíclopes, de qué tan á menudo nos hablan los griegos, y los Lestrigones que Homero ha legado á la posteridad en su inmortal Odisea. Si de las tradiciones de los países meridionales pasamos á las de los pueblos del Norte, encontramos también perpetuado el recuerdo de gigantes enemigos de los dioses y por estos relegados á las más remotas extremidades de la tierra: la mitología escandinava en nada desmerece de la de los griegos en punto á la tradición de los gigantes, que asimismo ha pasado al Oriente. Los siameses pretenden que los hombres de los primitivos tiempos eran de estatura gigantesca; los rabinos han echado el resto al fijar la estatura de Adán, que algunos suponen ser de centenares de pies, y han dado libre vuelo á su imaginación al hablar de la de los patriarcas; y los mahometanos han admitido también como verdades ciertas y positivas esas narraciones fabulosas.

Los que, imbuídos desde su niñez en estas fábulas, no hagan un estudio atento para sustraerse á tales patrañas, no podrán menos que creerlas, al ver que sus preocupaciones hallan apoyo en las tradiciones de todos los pue-

blos y de todas las edades de la historia. Esta cuestión de la existencia de los gigantes que hoy podemos considerar completamente resuelta, no lo estaba tanto durante el pasado siglo, pues había personas ilustradas que en ello creían, hasta el punto de que un académico llamado Henrion publicó en 1718 un concienzudo trabajo en el que, partiendo de la base del decrecimiento continuo de la estatura de nuestra raza, señalaba con exactitud, al parecer matemática, las variaciones de la talla humana desde la creación del mundo. De sus cálculos resultaba que Adán tuvo 123 pies nueve pulgadas, Noé 103, Abraham 27, Moisés 13, Hércules 10, etc. Aceptando este sistema, resultaría probada la existencia de gigantes en la antigüedad, pero en cambio ¿á qué punto llegaríamos si admitiéramos este procedimiento fundado en base tan completamente falsa!

Para destruir esta preocupación, que aun cuenta con no pocos adeptos, preciso nos es demostrar, ante todo, que no existe prueba alguna de que hayan existido gigantes sobre la tierra y luego examinar cuáles son los ejemplos que de estaturas extraordinarias pueden citarse según testimonios fehacientes. Para ello nos apoyaremos principalmente en el *Tratado de Teratología* de Mr. Isidoro Geoffroy Saint Hilaire.

Al estudiar los autores de la antigüedad, llama desde luego nuestra atención el hecho de que ninguno de ellos vió gigante alguno ni supo que en su tiempo existieran, limitándose únicamente á decir que los hubo en las primitivas edades y que su recuerdo les había sido transmitido por la tradición. Pero si á las tradiciones poéticas fuéramos á atenarnos, tendríamos que aceptar como verdades todas las fábulas contenidas en las mitologías de los griegos, de los orientales y de los pueblos del Norte, cosa que, aunque quisiéramos no podríamos admitir, pues si bien todas concuerdan en lo fundamental, en los detalles hay tal discrepancia que nos sería imposible dar crédito á las unas sin tener que negar forzosamente las otras. En suma, estas tradiciones reúnen todos los caracteres de la fábula, pero ninguna tiene los que constituyen la historia.

Cuanto llevamos dicho, sin embargo, no es una prueba decisiva, pues las pruebas que no son bastantes para demostrar que una cosa sea cierta difieren en muchos casos, como en el presente, de las que se necesitarían para probar la falsedad de la misma. Ciertamente con respecto de la existencia de los gigantes no tenemos más que tradiciones fabulosas, pero esto no demostraría de un modo terminante que tal clase de seres no hubiera existido. Por esto es preciso acudir á un argumento más directo y concluyente.

Si tales gigantes han realmente existido, no es posible que hayan desaparecido por completo de la superficie de la tierra y sus huesos deben por consiguiente yacer sepultados en los países que un tiempo habitaron; de modo que, así como en los sepulcros antiguos que diariamente se descubren encontramos esqueletos de antigüedad remota, sería natural que encontráramos restos de gigantes. Pues bien, tales restos no han podido ser encontrados á pesar de haberse hecho excavaciones en todos los países del mundo y á todas profundidades. Podrá objetarse que siendo los gigantes mucho más antiguos que los restos de seres humanos puestos al descubierto por las excavaciones, nada tiene de particular que sus esqueletos hayan sido consumidos por la acción de los siglos y por las revoluciones de la tierra; pero á esto contestaremos que la geología nos enseña restos de animales más delicados y más antiguos que los que á estos gigantes correspondían y que se han conservado perfectamente dentro de las entrañas de la tierra, desde las primeras edades del mundo hasta nuestros días. En cuanto á lo de las revoluciones terrestres, no es de suponer que hubiesen hecho desaparecer toda huella de la raza de los gigantes y respetado restos de pequeños animales, más antiguos que estos, que cada nueva excavación ofrece al estudio de los geólogos. No existiendo los efectos necesarios, queda perfectamente probado que no existió la causa, de suerte que puede considerarse legítima la conclusión de que entre la inmensa variedad de seres que han poblado la naturaleza no se ha contado nunca la pretendida raza de los gigantes.

En apoyo de la preocupación que combatimos han venido, al parecer, algunas veces ciertos descubrimientos de huesos que han querido durante mucho tiempo, atribuirse á tales gigantes, pero este argumento ha perdido toda su fuerza desde que la ciencia ha demostrado de una manera irrefutable que dichos huesos pertenecían á ciertas especies de animales perfectamente definidos. Los restos que en el siglo décimoséptimo se atribuyeron á Teutobochus, y á juzgar por los cuales este caudillo de los cimbrios vencidos por Mario debía haber medido treinta pies de altura, por lo menos, resultaron ser el fósil de un elefante descubierto en el Delfinado. Analicemos todos los hechos análogos que la ciencia registra y siempre encontraremos desvanecidos por las verdades científicas las infundadas hipótesis de los visionarios. Cuando se ha visto que la supuesta columna vertebral de Anteo ó de Polifemo se ha convertido en la espina dorsal de una ballena; que tal pretendido gigante ha resultado ser un mastodonte, un rinoceronte ó un hipopótamo; y que lo que se creyó pecho de un coloso era simplemente una concha de tortuga, entonces el prestigio de la antigua preocupación ha quedado por completo destruido, por haber demostrado la anatomía comparada que los pretendidos esqueletos de gigantes eran tan sólo restos de animales más ó menos análogos á los que en la actualidad existen.

¿Quiere esto decir que la estatura humana sea invaria-

blemente la misma y que no haya habido hombres de proporciones extraordinarias? En manera alguna: hay testimonios positivos que no permiten dudar de la verdad de tal fenómeno. Autores dignos de absoluto crédito dan fe de ello: Plinio nos habla de un árabe llamado Gabbara que medía nueve pies y nueve pulgadas romanas (ocho pies doce pulgadas de nuestros tiempos) y de otros dos gigantes que vivieron en tiempo de Augusto y cuya talla era de más de nueve pies. El Libro de los Reyes dice que el gigante Goliath medía seis codos y un palmo, cuya estatura tenía también un gigante que, según dice del Río, paseaba en el siglo décimosexto por las calles de Rouen. Puede, pues, sin dificultad alguna creerse que la talla del hombre es capaz de alcanzar un maximum de nueve pies: en cuanto á hombres de ocho pies y ocho pies y medio de estatura han existido varios y de ellos encontramos distintos ejemplos en los anales de la ciencia. Ocho pies y medio medía un individuo de la guardia de Federico I de Prusia, é igual talla tenía una joven cuyo esqueleto fué examinado por Uffenbach.

Si se admite la calificación de gigantes aplicada á los hombres de ocho á nueve pies de estatura, será innegable que tales gigantes han existido, pero siempre resultarán ser excepciones aisladas que se presentan muy de tarde en tarde y no en un pueblo determinado y que nunca llegan á constituir una familia. Puede muy bien suceder y sucede que todos los hijos de una misma madre alcancen una estatura gigantesca, pero los hijos de estos entran ya en las condiciones normales: las propiedades de la madre que ha engendrado seres de tan elevada talla no se transmiten á estos, quienes las más de las veces mueren sin sucesión.

El aspecto de estos hombres gigantes hace que muchos, dejándose llevar por falsas apariencias, formen un juicio equivocado acerca de sus condiciones físicas y les crean seres temibles cuando en realidad son débiles y pusilánimes y sólo sirven las más de las veces para espantar á aquellos á quienes una estatura extraordinaria atemoriza. Así se explica que una simple pedrada derribara á Goliath y que en la corte de Viena, en donde antiguamente se habían reunido para solaz de los cortesanos enanos y gigantes, los primeros se sobrepusieron á los segundos molestándolos, provocándolos y viniendo á menudo á las manos con ellos. Los gigantes más que seres favorecidos por la naturaleza con cierta superioridad física, son hombres débiles cuyo desarrollo lento no se ha detenido en el tiempo oportuno para determinar una organización sólida.

Además de estas razones que acabamos de exponer para probar que la especie humana no ha degenerado en punto á estatura desde los más remotos tiempos, hay otra muy curiosa que resulta de las comparaciones hechas entre los animales salvajes y los de la misma clase que de tiempo inmemorial se han convertido en domésticos: la identidad de talla de unos y de otros demuestra que esta diferencia de vida sostenida durante muchos siglos no tiene casi influencia ninguna en el tamaño de los seres. Esta observación, hecha por Mr. Isidoro Geoffroy, constituye una prueba importante, razón por la cual terminamos este artículo citando un párrafo de dicho autor. «Si se tiene en cuenta, dice, que los cambios en el hombre producidos por la civilización son análogos á los que la domesticidad produce en los animales; si se añade á esto que el hombre ha tenido necesariamente la voluntad constante y casi siempre poder suficiente á fin de procurarse, en el estado de civilización, una alimentación mejor y mayor defensa contra las intemperies de las estaciones, en una palabra que ha querido y podido ponerse en condiciones más favorables que las de la vida salvaje; si se observa que el hecho general que acabo de hacer notar respecto de los animales domésticos (la paridad de su talla con la de los salvajes) ha sido comprobado en un gran número de especies, parecidas unas por su organización al hombre, otras más apartadas de éste y otras por fin pertenecientes á una clase muy diferente, como la de las aves; si de esto se deduce, como debe hacerse, que este hecho obedece á causas muy generales y de un orden elevado; y si no se quiere hacer en favor del hombre una excepción poco verosímil, por lo mismo que sería única, preciso será aceptar la consecuencia siguiente confirmada por cuantas noticias poseemos acerca de los pueblos salvajes, á saber: que la talla de los hombres civilizados de nuestros días apenas difiere no sólo de la de los hombres civilizados de los antiguos tiempos, sino de la de los que viven todavía en estado salvaje, alejados de toda civilización. — Varios viajeros, entre ellos Peron, han demostrado que los pueblos salvajes, lejos de ser más fuertes que los civilizados, son, por lo común, más débiles, de suerte que el hombre, al civilizarse, nada ha perdido de su fuerza. Demostrando que también ha de haber conservado su estatura primitiva, aduzco un argumento, que no deja de tener algún valor, contra esta filosofía más ingeniosa que exacta del llamado *estado natural* como verdadero estado de perfección física, al cual debe procurar el hombre aproximarse. No, el hombre no ha degenerado al civilizarse; no se ha vuelto débil al hacerse inteligente; no ha perdido nada de su fuerza real ni de su grandeza primitiva al perfeccionarla por medio de la habilidad y de la industria. No es, pues, volviendo sobre el camino recorrido como avanzará más rápidamente hacia el fin á qué han tendido sus esfuerzos, algunas veces inconscientemente, hacia la perfección física, moral é intelectual del género humano.» — T. P. A.



VANIDAD Y POBREZA, cuadro de M. Spitzer



MARGARITA, dibujo de J. M. Marqués, grabado por Sadurní



LA REINA VICTORIA

LONDRES

No es nuestro ánimo, ni el espacio de que disponemos ni la índole de esta ILUSTRACIÓN nos permiten hacer una descripción de las curiosidades y joyas artísticas que la grandiosa capital del Reino Unido encierra: nos limitaremos, pues, á hacer una somera reseña de las reproducidas en nuestros grabados.

«Aguja de Cleopatra» se ha llamado al obelisco que en 1819 el virrey Mahomet Alí regaló á los ingleses, y preciso es hacer constar la impropiedad de tal denominación, por cuanto el monolito de Thothmes III que se alza junto á la corriente del Támesis no es sino un hermano gemelo, algo más pequeño, de la «Aguja» propiamente dicha que existe en el Parque Central de Nueva-York. La traslación de aquella mole de granito desde Alejandría á Londres se verificó gracias á un donativo de 10,000 libras esterlinas que hizo para este objeto el doctor Erasmo Wilson, habiendo corrido durante la travesía grandes peligros que expusieron esta preciosidad arqueológica á ser sepultada en el fondo de los mares. Asentada sobre un zócalo de 5 metros y medio de alto tiene 21 metros de altura: junto á su base, que forma un cuadrilátero de 2 metros por lado, hay dos esfinges de bronce negro que contrastan con el color rojo de la piedra de aquélla.

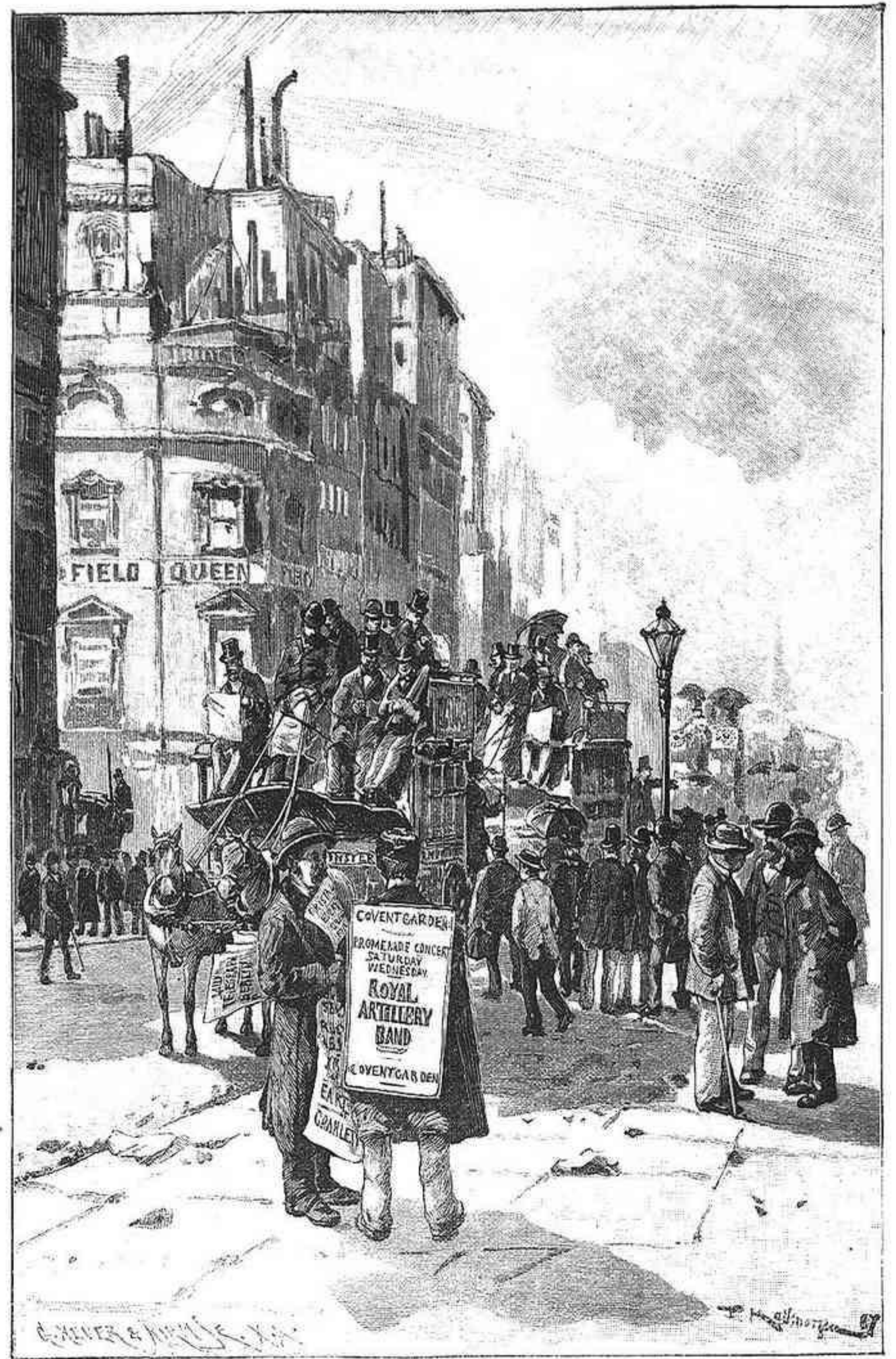
En Whitehall son de ver la mayor parte de los edificios públicos de Londres, como el Almirantazgo, los ministerios de Estado, del Interior, de Hacienda, de las Indias, de las Colonias y de la Guerra: en este último llaman la atención dos centinelas montados que con el dedo en el gatillo de la carabina, permanecen inmóviles desde las 10 de la mañana hasta las 4 de la tarde en las garitas emplazadas entre las alas laterales del edificio. El campanario que vemos en el fondo del grabado es el del Parlamento: mide 97 metros de altura.

En el sitio antes ocupado por el Montague House alzáse hoy el Museo Británico: las colecciones en el mismo contenidas se deben al odio de un padre hacia su hijo. En 1753 falleció sir Hans Sloane desheredando á su hijo

porque se había casado á disgusto suyo y disponiendo que se empleara en obras de beneficencia el producto de la venta de todos sus bienes, entre los cuales figuraban preciosas colecciones que fueron adquiridas por el Estado por 2 millones de reales. Estas colecciones y las bibliotecas de Harley y de Cotton, también compradas por el Estado, fueron depositadas en Montague House, á donde fué llevada también la magnífica biblioteca de Jorge III, regalada por Jorge IV en 1801. Las sucesivas adquisiciones acabaron por hacer necesario un local más espacioso, á cuyo efecto se comenzó á construir en 1823 el actual edificio que quedó terminado en 1852. Poco después hubo de pensarse en construir una especie de hijuela, pues á pesar de sus grandes proporciones no podía el Museo Británico contener cuanto iba adquiriendo: en 1877 se levantó en Sud-Kensington un Museo sucursal, quedando, entre otras cosas, en el primero las antigüedades asirias, egipcias, griegas, romanas, las monedas, los sellos, los manuscritos curiosos, y sobre todo los llamados Elgin-Marbles, los frisos del Partenon debidos á Fidias y arrebatados y llevados á Inglaterra por lord Elgin en 1801 á 1803; acto de vandalismo que hizo exclamar al philheleno lord Byron: *Quod non fecerunt Gothi, fecerunt Scoti*. Pero lo más notable de este Museo es indudablemente la Biblioteca, que contiene 1.300.000 volúmenes y que cada año se enriquece con 4,000 aproximadamente. El catálogo de obras llena la friolera de 2,000 tomos.

Para unir la City con la Oxford-street, antes separadas por un abismo de 10 metros de profundidad, el valle de Holborn, construyóse el viaducto de este nombre, obra de hierro de 430 metros de largo por 25 de ancho, levantándose además un puente sobre la Farringdon-street, que es el reproducido en nuestro grabado: el viaducto propiamente dicho no se ve en éste á causa de los edificios sobre el mismo construídos. Al lado de una de las torres que terminan el puente, se descubre un vasto edificio de sombrío aspecto: es la gran prisión de Newgate tal como fué reedificada después de haber sido destruída cuando los desórdenes promovidos por lord Jorge Gordon en 1780.

Salmon-lane es una calle del extremo oriental de Londres, centro de la población marítima, en otro tiempo floreciente y hoy miserable. Antiguamente y gracias á ha-



ESTACIÓN DE ÓMNIBUS

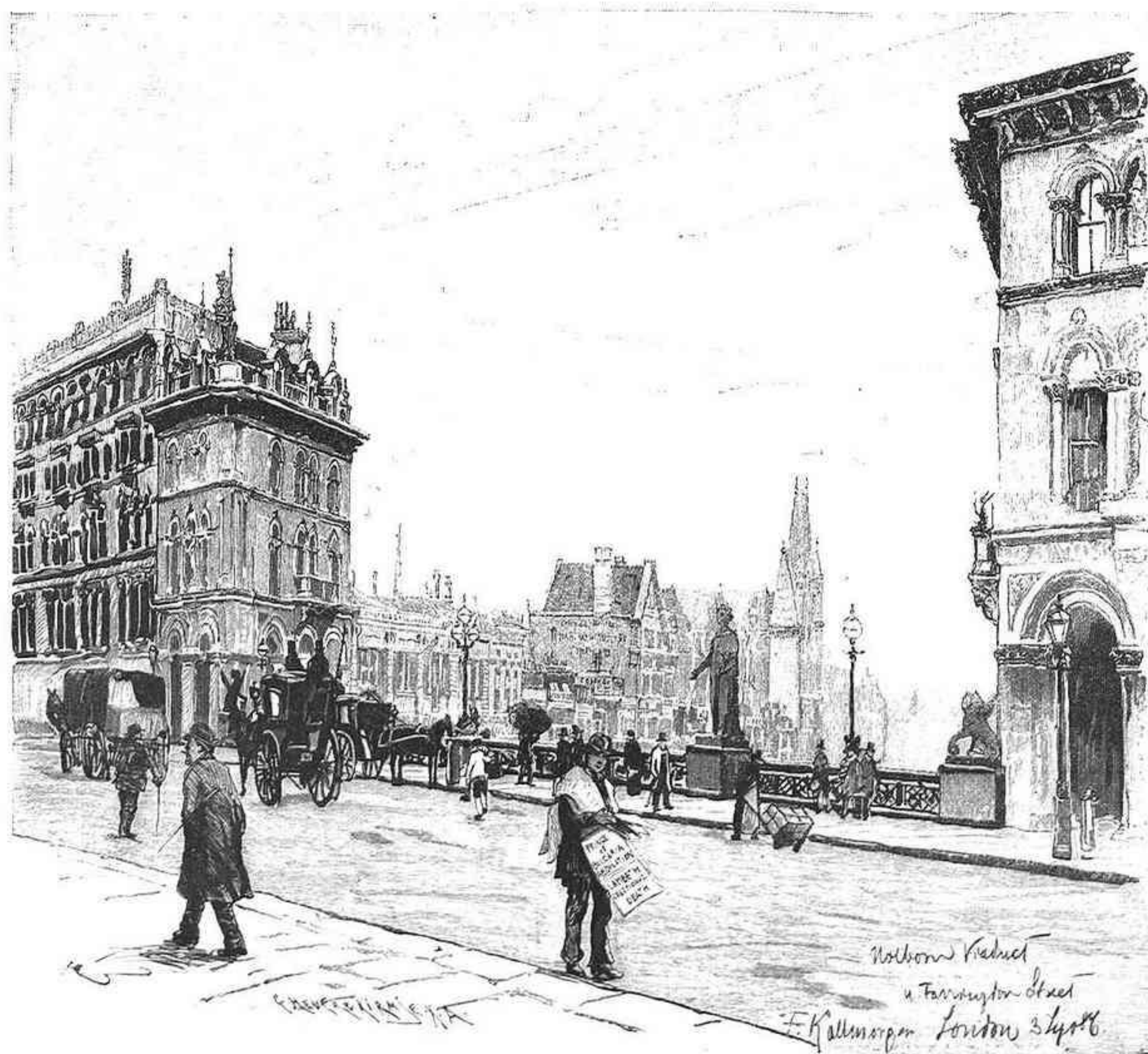
berse tomado por precepto legal lo que era simple adagio popular, todos los que resultaban haber nacido en alta mar habían de ser auxiliados - si eran indigentes - exclusivamente con los fondos parroquiales de este distrito.

Nada puede dar una idea del inmenso movimiento de Londres, como el número de los vehículos que transitan por sus calles. La vialidad rodada haría imposible la circulación de los peatones en los centros principales de la babilónica metrópoli, si los polizontes no hicieran detener, cada cuatro ó cinco minutos, los caballos de toda suerte de carruajes, dando un breve espacio de tiempo para que la gente de á pie crucen de una á otra acera sin grave peligro de ser atropellados. Uno de nuestros grabados representa una estación de ómnibus: el público se ha apoderado de ellos antes de emprender la marcha. Al llegar á su destino han cambiado cuatro veces la totalidad de sus pasajeros. En ciertas capitales puede decirse que hay hormigueo de personas; en Londres lo hay de coches. Esto se debe, no sólo á su población, la mayor de Europa, sino á la práctica de aquel aforismo inglés: *el tiempo es oro*.



CIEGO

(Tomado del *Universum*)



VIADUCTO HOLBORN Y FARRINGTON-STREET

EL DESQUITE

En una sala, que, - sin agraviarla, - podríamos denominar salita; pero á la que sus dueños han bautizado con el pomposo título de *Salón de lectura del hotel Cristina*, ó sea casa de huéspedes de la marina en Fuenterrabía, encontráronse no hace mucho tiempo, dos íntimos amigos, Daniel y Pepe, con ocasión de encaminarse uno y otro en opuestas direcciones, el uno hacia la mesa de los periódicos, el otro hacia la puerta de la habitación: ambos iban en traje de viaje y llevaban sus respectivas maletas. Ni la cara de Daniel ni la de Pepe expresaban gran satisfacción y puede asegurarse que las miradas que mutuamente se lanzaron al chocarse, más fueron de hostilidad y de agravio que de benevolencia; pero cuando al levantar la vista se hubieron conocido, cambió completamente la expresión triste y contrariada de sus rostros para ser sustituida con la del más franco regocijo y se entabló el diálogo que á continuación reproduzco:



BLACKFRIARS BRIDGE

- ¡Pepe!
 - ¡Daniel!
 - ¿Qué es eso? ¿Te vas ya?
 - ¿Llegas ahora? - Yo, en efecto, regreso á Madrid. Mañana se me concluye la licencia.
 - Pues yo torno desde Biarritz: ayer se me acabó el dinero.

- Siempre tan de broma.
 - Mucho: si yo soy muy bromista.
 - No puedes imaginar lo que este encuentro me regocija. Siempre lo hubiera tenido por afortunado; pero hoy más que nunca.
 - ¡Coincidencia extraña! Estaba yo pensando lo mismo. Llegas como llovido del cielo.
 - Pues me alegro.
 - Y yo.
 - Bueno, pues empieza. ¿En qué puedo servirte?
 - No; principia tú.
 - A tí te toca; estás en tu casa.

- No; te corresponde á tí; eres forastero.
 - Tú tienes más edad.
 - Eso es discutible.
 - Acabemos.
 - No deseo otra cosa.
 - ¿Te bates?
 - No.
 - ¿Te casas?
 - No; por ahora.
 - Pues si no te he de servir de padrino en uno de esos amargos trances, ya sé lo que necesitas; dinero. Exactamente lo mismo que yo. ¿He adivinado?



AMOLADOR

- Del todo. Pero tú...
 - Yo, sí, amigo mío, Daniel el opulento, Daniel el dineroso, el sobrino y hasta presunto yerno de la propietaria más rica de toda Extremadura, me encuentro sin un real... y lo que es más triste todavía, necesitando dos mil... ¡Maldito Biarritz! y ¡remaldito casino!
 - ¡Bah! ¿Y qué son para tí dos mil reales?
 - Nada, hijo, quinientas pesetas. Las necesito y no las tengo.
 - Corriente; pero cuando quieras salir de tus apuros basta que se lo cuentes...
 - ¿A mi tía?
 - Eso es.
 - Es verdad: puedo contárselo y en último caso se lo

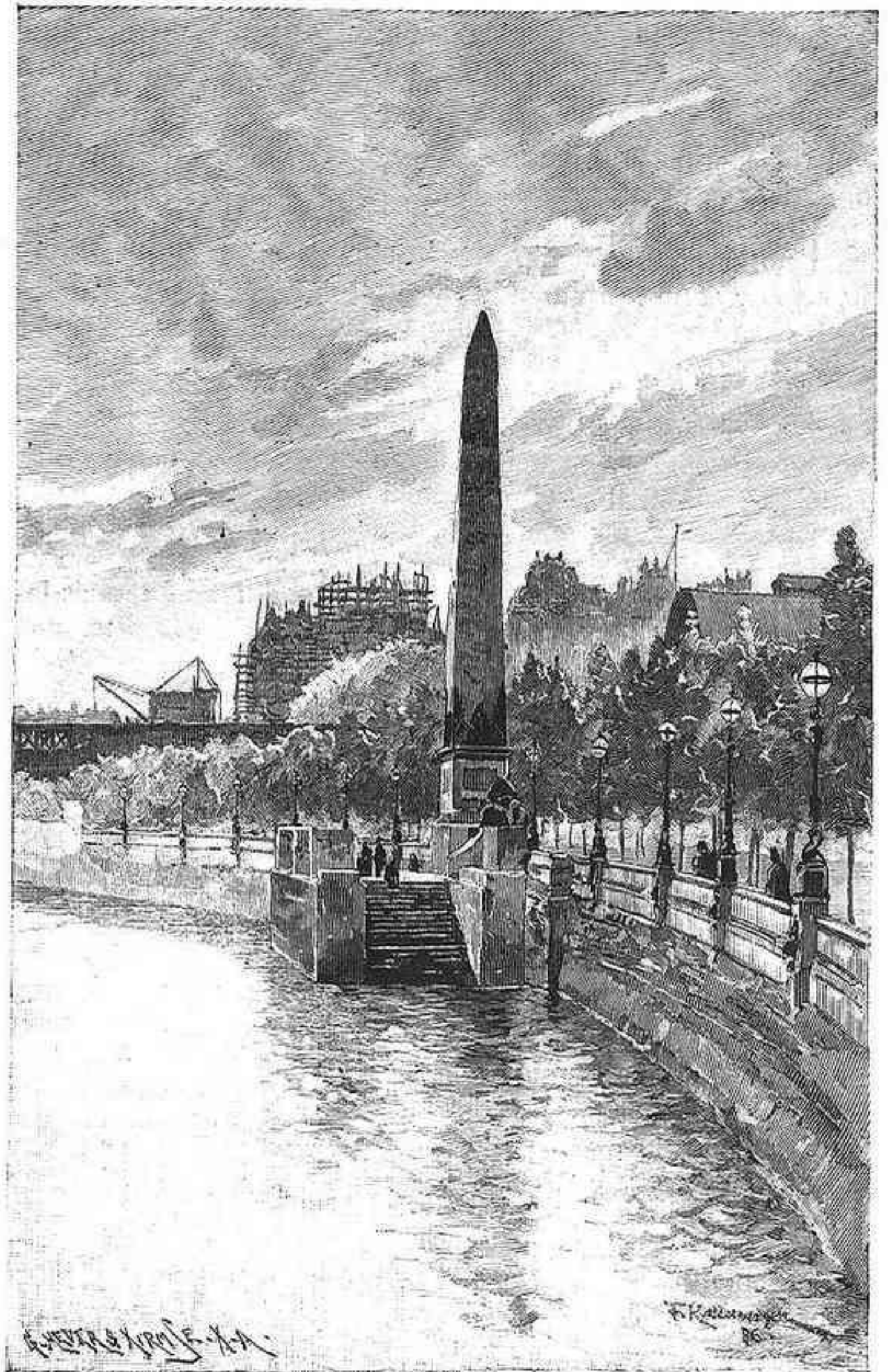
contaré y aun para eso he regresado á España. Mi tía me sacará del apuro: sobre eso no tengo duda alguna; pero en seguida mi boda con su hija se la lleva la trampa.

- ¿Por esa pequeñez?
 - No es pequeñez, hombre. ¿Qué ha de ser pequeñez? A cualquier cosa llamáis pequeñez vosotros.
 - Pero al cabo, hombre, dos mil reales no son...
 - Pero es que no se trata de dos mil reales, sino de tres mil duros.
 - ¡Caracoles! ¿Pues no decías?...
 - Decía, y lo repito, que necesitaba dos mil reales. Mil que perdí anoche bajo mi palabra. Ya tú lo sabes, - las deudas del juego no son como las otras que no se pagan nunca, las del juego son deudas de honra y es necesario pagarlas pronto. Para eso necesito mil reales. Otros mil para hacer saltar la banca del casino.

- Ya.
 - Pues esa es la cosa. Mi tía... ¿tú no la conoces?
 - No.
 - Es una bendita señora; muy buena, demasiado buena. Ya te presentaré á ella y á mi novia un día de estos... Pues como te digo, mi tía me entregó hace dos semanas tres mil duros á fin de que pagase yo en París un encargo suyo. Salí, en hora menguada, de mi tierra; me detuve unos días en Biarritz, ¡nunca me hubiera detenido! fuí al casino, ¡nunca hubiera ido! y no quisiera acordarme... Todo quedó allí, el dinero del sobrino, los tres mil duros de la tía y cincuenta en que dejé empeñada mi palabra: no me dieron más por ella... Aquello fué un Waterloo. Por supuesto, por torpeza mía todo. Era día catorce, dos veces siete, debí jugar á los pares y lo hice al revés. Luego... para que se vea lo que es la suerte... luego saqué un pleno.

- ¡Ah! vamos: si sacaste un pleno, menos mal.
 - Jugaba de memoria.
 - Ya.
 - Sí; pero vamos, ¿qué es lo que te digo? Si yo hubiera estudiado mejor mi juego... ¡Oh! lo que es ahora estoy seguro del éxito. Llevaré mil reales y el dinero de media Europa - porque en aquel casino se juntan los valores de media Europa - es mío.
 - ¿Y á todo esto tu tía?
 - Mi tía me cree en París.

- ¿Y no extrañará que no escribas?
 - Si escribo y telegrafio con regularidad. Telegraficé mi llegada y continúo telegrafiendo y escribiendo alternativamente.
 - Pues, ¿cómo?
 - ¿No te acuerdas de nuestro pobre Carlos?
 - Mucho.
 - Pues á ese remití unas cuantas cartas escalonadas por fechas, como los pagarés, y varias minutas de telegrama con encargo de que vaya soltándolos poco á poco hasta que se le acaben, ó yo le avise.
 - No está mal ideado.
 - ¿Comprendes ahora porqué es difícil que yo le cuente á mi tía lo que me pasa? Solamente en caso muy extremo y á falta absoluta de otro recurso acudiría á ella... aun en ese caso sería necesario pensarlo mucho. Novias como mi prima no se encuentran á dos tirones.
 - ¿Y qué propósito tienes?
 - ¿Lo sé yo por ventura? Pensaré... y ya veremos; pero soy egoísta. Me distraigo hablando de mis penas y olvido las tuyas.
 - Las mías, en honor de la verdad, no son tan graves: ni muchísimo menos. Amo, soy correspondido: es decir, parece que lo soy. Ella es una muchacha hermosa, buena y rica. El bello ideal de un amante. Mi licencia podría prorrogarse; pero el dinero no da más de sí. Y luego se



AGUJA DE CLEOPATRA. - EMBARCADERO VICTORIA

atreverá á decir la física que la elasticidad es propiedad general de los cuerpos: ¡mentirosa! Si yo tuviera mil reales siquiera, mil nada más, podría permanecer aquí aun dos semanas: con dos semanas me bastaba y aun me sobraba para dar cima feliz á una aventura tan felizmente comenzada.

- Resumen: tú necesitas mil reales; yo necesito dos mil; total: ciento cincuenta pesos. Pues, chico, es necesario buscarlos.

- Es necesario encontrarlos.
 - *Quere et invenies.*
 - No me hables en griego.
 - ¡Ah! ignorante. Esto no es griego; es latín y significa: *Busca y hallarás.* Palabras santas que no fueron dichas seguramente para el casino de Biarritz. Pero no divaguemos: la necesidad es urgente, y más que de palabras, necesitamos de obras.

Discurriendo mucho halló Daniel, el sobrino de su tía, la manera de adquirir los tres mil reales que entre él y su amigo necesitaban. Los medios de que se valió, ni son fáciles de explicar ni hacen ahora el caso; para mi cuento basta decir que los halló, no sin trabajo y con algún compromiso, y que después de entregar á su amigo Pepe los cincuenta duros que éste necesitaba, se despidió de él y volvió á Biarritz muy decidido á quedarse allá con todos los fondos de la banca y más que hubiera.

En los pocos minutos que para realizar el empréstito de los tres mil reales invirtió Daniel, supo Pepe que su novia y la prima de Daniel eran una misma persona: esto es, que Daniel era su rival, y que al propio tiempo era su protector. Se guardó muy bien de decir á su amigo lo primero y le manifestó lo agradecido que quedaba por lo segundo.

No hay para qué decir, pues hay rasgos que caracteri-



PARTE ORIENTAL DE LONDRES (STEYNEY SALMON LANE)

zan á un individuo, que Pepe supo aprovechar la ausencia de Daniel para suplantarle en el corazón de la prima y para enajenarle el cariño y la consideración de la tía, y tal maña se dió y tales cosas contó de Daniel, cosas cuya verdad se confirmó desgraciadamente, que al siguiente día Pepe estaba admitido á la intimidad de la familia como novio oficial de la prima de Daniel; el cual entre tanto regresaba de Biarritz, más triste y más cariacontecido que nunca lo estuvo.

Llegó á Fuenterrabía, penetró en la fonda, buscó á su amigo Pepe y se apresuró á decirle: «¡Ea! aquí me tienes otra vez. No podré consolarme nunca de no haber hecho saltar la banca del casino. ¡Ah! pero sí que volveré con más capital y entonces... La verdad es que mil reales son tan poco dinero! ¿Qué? si no hay para principiar. Yo tuve solamente para concluir. Hice como César: llegué, ví, y... perdí los cincuenta duros. Nada, si fué cosa de un solo momento. Un escamoteo prodigioso que hubiera envidiado el difunto Hermann. Aquí están los mil reales, pasa; *tú, tac*; ya no están aquí los mil reales. Es verdaderamente asombroso cómo se va el dinero en esas mesas. En fin, cuando me case volveré y nos veremos... Hombre, y á propósito, ¿te queda por casualidad algo de los mil reales que te presté ayer? Quiero telegrafiar á París para que Carlos suspenda el envío de telegramas y de cartas: después necesito vivir por ahora en cualquier parte un par de días, para presentarme á mi tía como recién llegado de París y darle, como pueda, el sablazo *H*.

— Sí, hombre: aquí lo tengo todavía casi todo: puedo darte la mitad.

— Pero tú, ¿no necesitabas permanecer aquí dos semanas?

— Ahora sólo necesito un par de días: entre ayer y hoy mi asunto amoroso ha ido viento en popa, y dentro de dos meses me casaré con Carolina.

— ¿Eh? ¿Cómo has dicho? Carolina...

— Sí, Carolina: esa es la novia de que te hablaba ayer.

— Y su madre se llama...

— Doña Juana.

— ¡Desdichado! Si esa doña Juana es mi tía y Carolina es mi futura... Y yo... yo mismo te he facilitado los medios de desbancarme... ¡Amigo desleal!

— Pero, chico, eso habría sido bueno para sabido: yo lo ignoraba; como lo ignorabas tú...

— Corriente; pero no creas que me doy por vencido... Lucharemos.

— La lucha es imposible, querido Daniel. Te lo digo porque te quiero de veras y porque estoy agradecido al inmenso favor que, sin saberlo tú, me has hecho. Tu tía está enterada de todo.

— ¿Cómo?

— Pues como que se lo he contado yo.

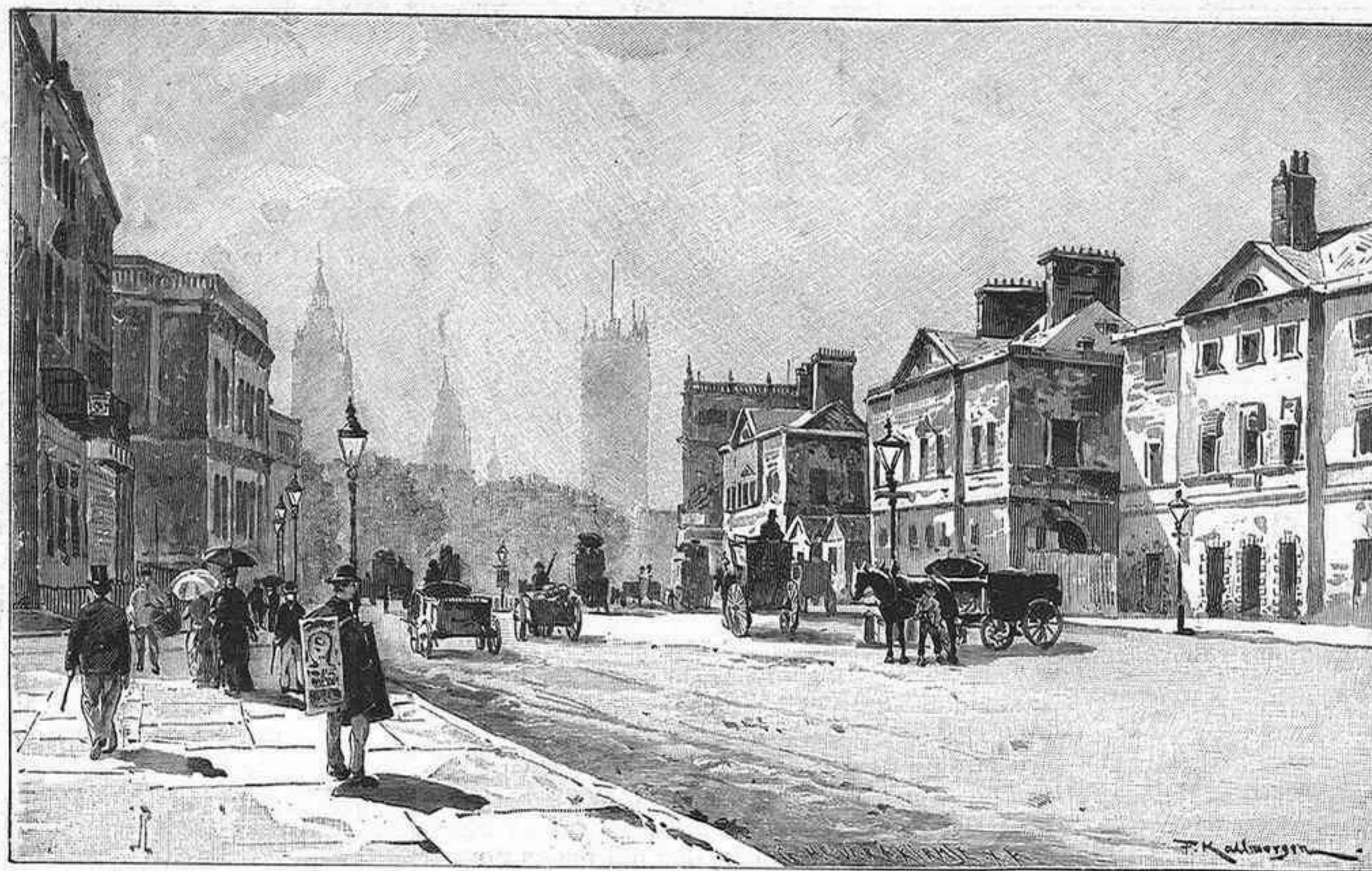
— Pero, hombre, tú quieres que te mate.

— Nada de eso: yo para divertir á mi futura suegra con la relación de un rasgo ingenioso y de una aventura que tiene gracia, no sabiendo que se trataba de su sobrino, la conté *e por b* lo que tú me contastes...

— Pues te has portado como un caballero.

— ¡Bah! querido Daniel; no me guardes rencor por eso. Apetecíamos un mismo premio y hemos jugado; no tengo yo la culpa de que hayas perdido la partida.

— Es verdad, la he perdido y muy en tonto que es lo que siento; pero no me doy por vencido; aún puedo casarme con mi tía y desheredaros á tí y á Carolina... Yo te haré comprender que toda partida que se pierde tiene su desquite.



WHITEHALL

crea á pie juntillas que las almas de sus padres y deudos vienen á residir en el cuerpo del buey que le ayuda en sus trabajos rurales ó en el de la bella cotorra que anida en su techo, para protegerlo más de cerca.

La secta india de los jaínes es la que practica más religiosamente esta creencia, y por lo mismo la que más respeto tiene á los animales. El jaín no se atreve á matar ningún animal y lleva tan lejos este respeto que antes de sentarse tiene buen cuidado de examinar bien el sitio para no aplastar ni el más diminuto insecto. Llevando más lejos aun tan extraña superstición, un jaín verdaderamente devoto lleva siempre la boca cerrada, si no es oca-

len devorar á los niños poco avisados ó temerarios que se ponen al alcance de tan feroces bestias; pero los niños no son animales, vasos misteriosos de la transmigración de las almas, y el vaso cocodrilo es siete veces sagrado entre los bárbaros.

(Tomada del periódico: *La Nature*)

**

UN PUEBLO DE CASTORES.—Los pueblos de castores van haciéndose tan raros en Europa que no dejará de ser interesante recordar el de Amlid, situado á alguna distancia de Christiansund (Noruega).

En él pueden verse reunidos hasta una docena de estos animales divirtiéndose en el agua bulliciosamente. Sus chozas — íbamos á decir sus estacadas (palafitas) escribe el redactor de la *Revue d'anthropologie* de quien tomamos estas noticias — están construídas junto á la orilla y tienen dos habitaciones, una encima del agua y otra debajo. Las paredes son de gruesos troncos y los techos de ramaje y barro. Los castores han derribado todos los chopos de las cercanías y empiezan á hacer lo mismo con los álamos blancos, cortando transversalmente árboles de más de 42 centímetros de grueso, cuyas ramas transportan hasta la misma orilla del agua por verdaderos caminos ó senderos desembarazados de todo obstáculo. Tienen siempre centinelas apostados para dar la señal de alarma al primer asomo de peligro, en cuyo caso abandonan apresuradamente sus cabañas y se refugian en el agua.

(Tomado del periódico: *La Nature*.)

**

MONEDA AFRICANA.—Ha sido puesta en circulación la moneda del Estado independiente del Congo.

Las piezas llevan en el anverso el busto de Leopoldo II con esta inscripción: *Leopold II, R. D. Belges, souv. de l'Etat indép. du Congo*. En el reverso figuran las armas de Bélgica y el escudo del Congo, con la divisa: *Trabajo y progreso*. Constan también su valor y la cifra del año de la emisión.

La divisa ó leyenda se reproduce en el exergo. Las piezas, á pesar de lo que se había dicho en contrario, no son aguje-readas.

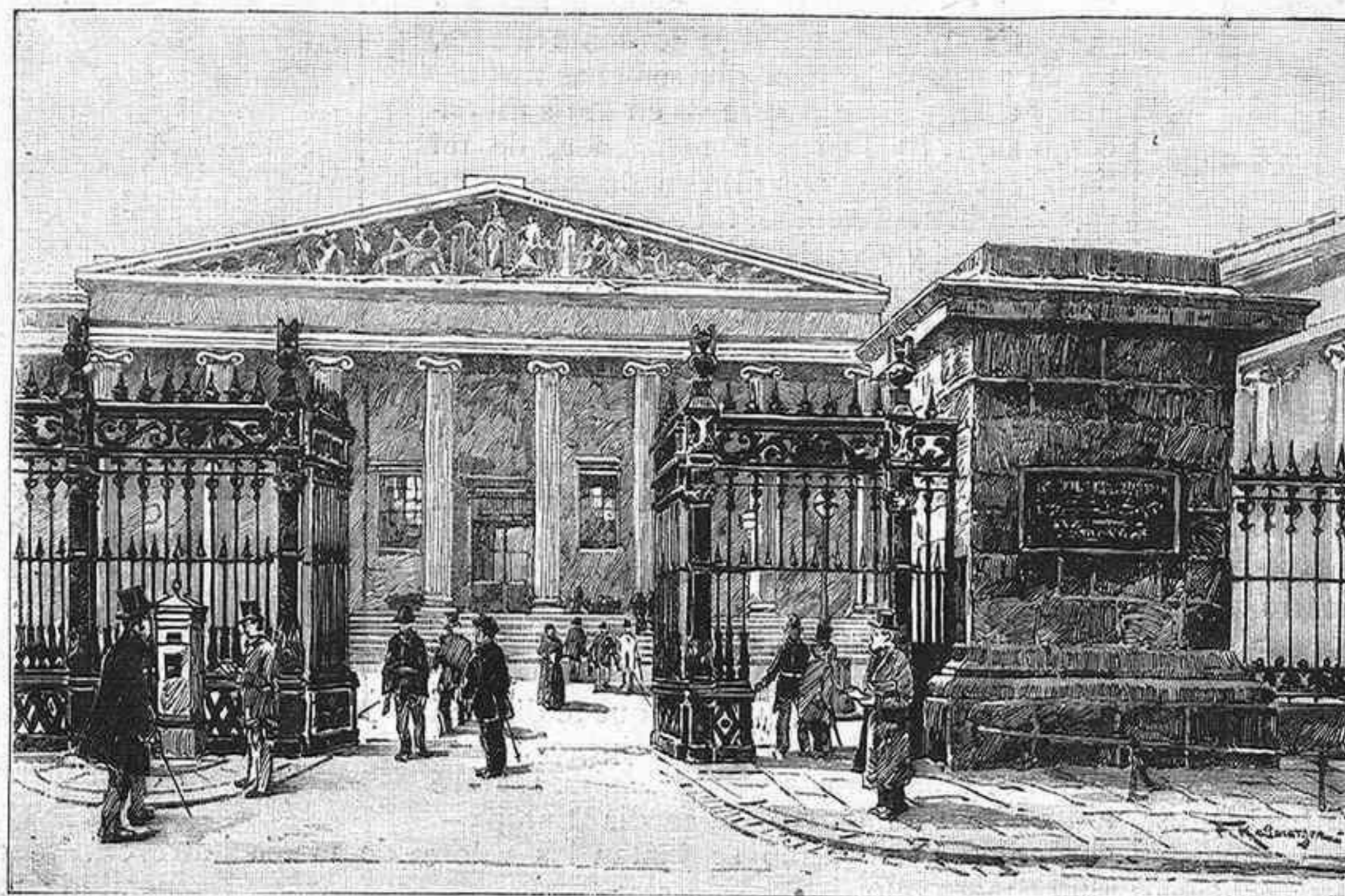
Esta moneda no tiene curso legal en Bélgica.

(Tomada de la *Gaceta geográfica*)

CONGO FRANCÉS.—Uno de los agentes del Congo francés, M. Crampel, ha formado el proyecto de llegar, siguiendo el curso del Ogooué, hasta Lastourville, donde organizará sus convoyes, sus conductores y su escolta; de allí atravesará la línea divisoria de las aguas del Congo y del Ogooué, pasará por Leketi, sobre el Alima, y después se remontará en dirección Norte hasta el cuarto paralelo, siguiendo mientras sea posible el segundo ó tercer grado del Meridiano al Este de París. En toda esta región no ha penetrado todavía ningún blanco.

Los primeros institutores enviados al Gabón por el comité de las misiones protestantes de París salieron de Lisboa el 6 de febrero á bordo del paquebote *Angola*. Para reunirse con ellos partieron el 15 de marzo dos ayudantes, que se han embarcado ya en Amberes.

(Tomada de la *Gaceta geográfica*)



MUSEO BRITÁNICO

sión de hablar, para no cometer por descuido el pecado de tragarse algún mosquito.

La secta de los jaínes, siempre fiel á esta creencia, ha fundado en Bombay un hospicio ó refugio para toda clase de animales, establecimiento por demás curioso que ocupa en el cuartel indígena de la ciudad un espacio considerable: es el *Pinjrapool*, á cuyo cargo está una administración completa para el cuidado y asistencia de los animales que lo habitan.

Se entra desde luego en vastísimo patio rodeado de cobertizos, que encuadran un gran jardín con sus quincunces ó tresbolillos de árboles, sus cuadros de floridas plantas y sus alfombras de hierba. Más de 300 reses de ganado vacuno ocupan los cobertizos recibiendo esmerada y solícita asistencia de parte de numerosos empleados indios, tanto más celosos cuanto que no tienen más que este cuidado. No hay para qué decir que todos estos animales son inválidos del trabajo, de puro viejos ó estropeados. En otra parte del jardín están los volátiles, las aves domésticas, que no bajarán de 500 entre gallinas y ánades. Algunas grullas y garzas, sueltas, pero amansadas por su larga permanencia en el hospicio, se acercan á los curiosos con la mayor familiaridad, como á dar las gracias por la visita; y encima de los tinglados arrullan y revolotean innumerables palomas. Más lejos, de las ramas de los árboles, cuelgan grandes jaulas donde viven, si no á sus anchas, sin que nada les falte para pasar la vejez, innumerables papagayos y otras aves vistosas y alegres... cuando Dios quería.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

NOTICIAS VARIAS

HOSPICIOS DE ANIMALES Y REFUGIOS DE PÁJAROS EN LAS INDIAS.—Los indostanos permanecen todavía fieles á todas las reglas de su antigua religión, que informa una mitología más considerable que la de los antiguos romanos, y esta pluralidad de dioses les lleva fatalmente á grandes y numerosas supersticiones, siendo, entre otras, la metempsicosis la más extendida y generalizada. Un indo

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN